

Rodrigo Quesada Monge

Reseña de libro:

Karl Marx: a Nineteenth-Century Life

de Jonathan Sperber



**Rodrigo Quesada
Monge**

Historiador costarricense. Catedrático jubilado de la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica. Con estudios doctorales en la Universidad de Londres, Inglaterra. Ha publicado varios libros sobre historia económica y social de América Central y del Caribe. Premio Nacional de Historia de la Academia Costarricense de Geografía e Historia (1998). Ha sido merecedor de becas de la Fundación Ford, de la Fundación Fulbright y del DAAD de la República Federal Alemana. Fue profesor invitado para impartir cursos de historia económica de América Latina en las Universidades de Wisconsin, USA, y en la Universidad Libre de Berlín. Jurado Internacional en el prestigioso premio Casa de la Américas (2001), sus artículos se publican en revistas de Chile, España, Inglaterra, Suecia, Perú, y México.
Correo electrónico: quemoro2004@yahoo.com

**Sperber, J. (2013) *Karl Marx: a Nineteenth-Century Life*.
London: Liveright Publishing Corporation**

I

Tengo la suerte, la pasión y creo que el interés también, de mantenerme al tanto, hasta donde es posible en un país de la periferia capitalista, de las publicaciones más recientes, sobre todo en el mundo anglosajón. Nadie puede discutir, sin riesgo de pecar de esnobista, de que es en los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, donde se han estado produciendo, durante los últimos treinta años, algunos de los textos fundamentales para el desarrollo de las ciencias sociales y humanísticas en general. Y ello no incluye, solamente, trabajos inéditos sino también reediciones de textos que se consideraban perdidos, así como de las obras completas de autores que algunos hace rato dejaron de leer, ya fuera porque cambiaron de bando, de forma repentina después de la caída del muro de Berlín en 1989, o porque desilusionados optaron por refugiarse en alguna clase de literatura de evasión, sin que ello signifique, necesariamente, alguna reacción negativa contra esta clase de literatura.

II

El triste desplome del socialismo real en 1989 y la desaparición del proyecto soviético en 1991, aceleraron con velocidad vertiginosa la emergencia de proyectos alternativos, procedentes de los viejos países del bloque socialista, muy parecidos a la democracia burguesa clásica, pero también a un centralismo estatal despótico que no envidia en nada, las viejas experiencias del estalinismo. De la misma forma que ahí se apuraban a enterrar el marxismo, en Occidente otros buscaban su renovación para comprender mejor, las situaciones inéditas que la gran crisis capitalista del 2008, había provocado, en un medio académico y político aferrado, con uñas y dientes, a las fórmulas neoliberales que buscaban una liberación total del mercado, según ellos, para liberar también a las personas.

El fracaso de todo este conjunto de fórmulas librescas y de una política de catecúmenos con vocación de nigromantes, más bien envigorizó la aparición de un racimo de gobiernos dictatoriales y semi-populistas en distintas partes del mundo, entre ellas América Latina, que se han agotado a medio camino entre la dictadura y una forma de democracia secuestrada por alambiques institucionales elaborados para mantenerles vivas las ilusiones a la gente. La recuperación del marxismo, entonces, en centros de investigación, universidades y observatorios sociales en los países más avanzados del mundo,

busca entender e instrumentar esos cambios que se han operado en los movimientos sociales, cuando estos han rebalsado la institucionalidad burguesa, pero también la vieja carcasa partidista de las organizaciones inspiradas en el anquilosado marxismo-leninismo de otras épocas.

III

Existe entonces, una “marxología”, para llamarla de alguna forma, que pretende dar cuenta de la historia del marxismo, desmitificando, cuando no destruyendo y difamando a sus creadores, pues sus cultores consideran que después de 1989, la izquierda no tiene ningún futuro en Occidente; y existe también un marxismo que busca enriquecer los métodos de investigación social, política y cultural heredados por sus fundadores, para plantearse la posibilidad de construir una sociedad más justa y democrática en el aquí y en el ahora.

Entre “marxólogos” y marxistas la diferencia esencial la establece la lucha política, no la academia ni el gabinete del investigador, o el aula universitaria. Después de la revolución rusa de 1917, la historia del marxismo es la historia de las revoluciones en Occidente y otras partes del mundo. De tal forma, que los marxólogos no han podido, ni tienen interés, en remontar los límites establecidos por la academia, aquella que analiza el pensamiento social, y las luchas revolucionarias, como si se tratara de fenómenos que pueden ser estudiados bajo el control de un laboratorista.

IV

En el mundo anglosajón, existen muchos de estos marxólogos. Uno de ellos es el historiador norteamericano Jonathan Sperber, autor de una biografía de Marx que acaba de ver la luz en inglés y en alemán. Titulado **Karl Marx. A Nineteenth Century Life** (New York & London: Liveright Publishing Corporation. 2013) y con más de 600 páginas, este trabajo de Sperber está considerado por los académicos y la prensa anglosajona, como la biografía definitiva del fundador del marxismo. Algunas de sus tesis más centrales son bastante discutibles, pero se salva por el excelente trabajo de indagación “marxológica”, es decir, por el rescate realizado en cuanto a detalles de la vida familiar de los Marx, así como de la Europa de la primera revolución industrial.

Sperber sostiene que Marx es un autor del siglo XIX, con lo cual quiere insistirnos en que carece de sentido seguir viéndolo como el gran profeta del derrumbe del sistema capitalista en el siglo XX o en el XXI. Su afán por despojarlo de esa mortaja de profeta, le rinde frutos, pues logró escribir un extraordinario trabajo de historia de las ideas, durante la primera parte del siglo XIX en Europa, escenario contra el cual pretende ubicar a Marx, y se esfuerza

porque éste no se mueva de ahí. Los detalles biográficos, algunos desconocidos en los tiempos en que Franz Mehring escribiera su entrañable biografía, proceden mayormente de la monumental edición de la correspondencia de Marx y Engels, que se encuentra en proceso de elaboración en Alemania, y que forma parte de la edición crítica de las obras completas en 141 volúmenes. Pero las elucubraciones de Sperber al respecto, aportan muy poco sobre la cotidianidad de la familia Marx, a diferencia de lo que hicieran Ivonne Kapp o Mary Gabriel (que no aparecen en la bibliografía utilizada por Sperber), cuyas biografías de Eleanor Marx (la hija) y de la relación de Karl Marx con su esposa Jenny, respectivamente, son un modelo de reconstrucción, precisamente, de esa cotidianidad que tanto preocupa a Sperber.

V

No hay un gran mérito en venir, a estas alturas, a decirnos que el pensamiento y la obra de Marx, son fragmentarios, eclécticos y que destilan pasión, inquina y resentimiento, cuando abundan los estudios sobre su estilo literario (algunos realmente pioneros escritos por autores latinoamericanos, tales como Ludovico Silva y José Aricó). Sus discusiones y enfrentamientos con los anarquistas, al interior de la Primera Internacional, están tan mal trabajados, que uno se pregunta, si Sperber alguna vez leyó con seriedad a Bakunin, por citar un ejemplo. Las broncas entre Marx y Bakunin, no procedían del hecho de que el primero hubiera creído que el segundo era un agente al servicio del Zar. Esta consideración es más bien el resultado de un mito, tal vez de un chisme (y Marx era un chismoso de siete suelas), propio del mundo de los emigrados, antes que una evaluación seria de las condiciones sociales, políticas y culturales que dieran origen a las desavenencias ideológicas entre marxistas y anarquistas, algo sobre lo que Sperber no dice prácticamente nada.

Es más, todo el que haya leído y estudiado con cierta profundidad la obra de Marx, no hallará una gran demostración de sabiduría en aquel que le indique que está leyendo a un autor fragmentario, pues es archisabido que todo el edificio teórico levantado por Marx es una sumatoria de fragmentos. Pues es que lo mismo puede decirse del Nuevo Testamento, de los escritos de Jefferson, de Lincoln y de muchos autores quienes, viviendo y muriendo en el siglo XIX nos siguen imprecando en el siglo presente. ¿Qué decir, por ejemplo, de la economía política elaborada por Adam Smith (un pensador del siglo XVIII), sustento teórico de todo el pensamiento neoliberal contemporáneo?

VI

¿Para qué tanto esfuerzo en escribir un mostrenco de 600 páginas sobre un autor que al fin de cuentas es un perro muerto del siglo XIX? Si Marx es un

autor de ese siglo y que debería quedarse ahí, ¿por qué se le sigue leyendo y se siguen debatiendo sus ideas y argumentos en contra del sistema capitalista? Simple y sencillamente porque el sistema económico no ha cambiado gran cosa, aunque Sperber se esfuerza por revivir las viejas consignas de la Segunda Internacional, cuando algunos socialdemócratas argumentaban que el sistema no merecía ser arrasado hasta sus cimientos, sino corregido aquí y allá, para recuperar su funcionalidad original.

Está fuera de toda duda que la vida y milagros de la familia Marx y de su incondicional amigo Federico Engels, tuvo lugar en un siglo XIX plagado de las más agudas y descarnadas contradicciones del sistema económico, en el apogeo de la revolución industrial; pero de ahí a sostener que las ideas de ambos pensadores son el producto de la herencia de la revolución francesa, del pangermanismo hegeliano, y de un liberalismo radical mal digerido, hay un trecho escabroso y extenso, pues la clase trabajadora sigue con nosotros, se suscitan revoluciones y revueltas en todas partes del mundo, y las relaciones entre el capital y el trabajo continúan tan conflictivas como cuando Marx y Engels intentaban desmontarlas para explicárselas a los mismos trabajadores, en aras de su liberación más pronta que tardía.

El libro del profesor Sperber no supera ni en argumentos, ni en ideas, ni en contenidos históricos y vitales al maravilloso trabajo del profesor David McLellan, publicado originalmente en 1976. Es que las diferencias operativas entre ambos trabajos no residen en el método de investigación seleccionado, es decir, entre hacer marxología o recuperar la historia del marxismo, uno de los métodos históricos y de análisis de las sociedades contemporáneas que continúa brindando frutos, atajos y descubrimientos aún en las sociedades más avanzadas, tal vez menos proclives, intelectualmente, a imaginar utopías y realizar ensueños.

Marxólogos como Jonathan Sperber o Robert Service, el escritor de biografías de Lenin, Trotsky y otros revolucionarios, para consumo de los lectores más conservadores de Occidente, apelando a una supuesta objetividad histórica se quedan en la banal reiteración de ripios y naderías que tenemos siglos de estar escuchando, aquellos que creemos en las posibilidades y potencias revolucionarias de las clases trabajadoras. Por ello no sorprenden los sesgos apenas reprimidos de gestos racistas que se cuelan en esta clase de trabajos. Era inevitable, ni aún Isaiah Berlin, uno de los liberales más comprometidos en la Europa de posguerra, cuando redactó su biografía de Marx, cayó en esta clase tegumentos teóricos, especialmente diseñados para quienes anhelan enterrar las ideas revolucionarias de cualquier manera, y a cualquier costo. El viejo sambenito político y académico entre marxólogos y marxistas sigue vigente, tal y como ya lo demostraron verdaderos historiadores revolucionarios del calibre de Eric Hobsbawm.